

NO PERDER DE VISTA EUROPA

EN las últimas semanas, desde mediados de marzo hasta bien entrado abril, se han generado en España tantas noticias políticas de «primera plana» —como se decía antes en la profesión periodística—, que se comprende que una gran parte de la opinión ilustrada no haya tenido reposo, ni quizá información suficiente, para valorar la trascendencia del acontecimiento del ingreso de nuestro país en las Comunidades Europeas.

No es extraño que haya sido así, porque han sucedido cosas que, aunque se vieran venir desde algún tiempo atrás, sorprenden cuando ocurren. Aún hemos de asistir a numerosos estrenos en la vida pública bastante ruidosos. En el orden político basta enumerar las crisis de los partidos y los conflictos entre las instituciones.

Para los españoles de esta generación, pensar en un Partido Comunista sin Carrillo es como imaginarse Madrid sin la Cibeles. Muchos congresos provinciales de AP se cierran con alguna gente fuera o con las espadas en alto. Hasta el rígido monolitismo del PSOE exhibe grietas en las Comunidades autónomas, donde se levantan *ayatolas* regionales que ponen condiciones o desafían al nuevo «centralismo democrático» de la Ejecutiva Federal.

Los roces o conflictos entre los poderes, cuyo equilibrio y contraste garantizan las libertades públicas, son algo a lo que no hemos tenido tiempo ni experiencia para habituarnos todavía. Hay que prever que en el futuro será más o menos frecuente, pero no dejará de producirse. Existe una suprema instancia a la que le corresponde decir la última palabra acerca de la conformidad de las leyes con la Constitución. Es inapelable, pero no infalible. También es preciso acostumbrarse a que los doce magistrados del Tribunal Constitucional no estén siempre de acuerdo y acompañen las sentencias de sus votos particulares. Que entre los miembros del Alto Tribunal, que han de juzgar cuestiones legales, que en el fondo son políticas, haya no sólo diversidad de criterios sino de



ANTONIO
FONTÁN

posturas ideológicas, forma parte de la normalidad con toda su indispensable carga de pluralismo.

Otras de las cosas que pasan en estos meses se explican porque ya huele a tierra mojada: ya se está regando el jardín de unas elecciones que se hallan a la vuelta de la esquina.

Son numerosos los observadores que apuestan a que falta menos de un año para las generales. Es difícil que vayan a celebrarse antes del verano. La ley electoral no estará aprobada del todo hasta junio. Además, ahora, en mayo, primero viene el presidente americano y luego hay que firmar la adhesión a la CEE, lo cual impide que transcurran los sesenta días que se requieren entre la disolución y los comicios, antes de las vacaciones veraniegas. Pero poca gente se declararía sorprendida si las elecciones generales fueran todavía en este año 85. El referéndum sobre la OTAN es de muy difícil realización. ¿Cómo se va a reconocer oficialmente una línea de fractura nacional de difícil conciliación entre el atlantismo y una neutralidad irrealista?

PERO todos estos acaeceres y todas estas hipótesis de trabajo o previsiones de futuro han impedido reflexionar a fondo sobre lo que representa el ingreso en las Comunidades de Europa. La «doble decisión» española —CEE y OTAN— es el punto final del aislamiento que empezó al fin de la Guerra de Independencia, en 1814. Aparte de estas meditaciones históricas, es necesario considerar algo más: ¿cuál va a ser nuestra aportación a las Comunidades y a la Alianza Atlántica, que no es sólo un pacto militar, sino una asociación más profunda? Yo veo un gesto simbólico en un hecho cuya coincidencia con el otro quizá sea fruto de la casualidad. El primer acto oficial o de Estado de los Reyes de España, recién logrado el ingreso en las Comunidades Europeas, y con España en la OTAN, fue emprender un viaje oficial no exento de dificultades, a una de las más grandes naciones de Hispanoamérica.